

# La guerra de Corea en la literatura colombiana

*Korean war in  
the Colombian literature*

DOI: <https://doi.org/10.17230/map.v13.i24.01>

**Andrés Eduardo Vivas Díaz**

Historiador de la Pontificia Universidad  
Javeriana y magíster en Estudios de Asia  
Oriental de la Universidad de Salamanca.  
e-mail: [andreseduardovivas26@hotmail.com](mailto:andreseduardovivas26@hotmail.com)  
<https://orcid.org/0000-0001-7069-5061>

## **Resumen**

Cuando Colombia envió en 1950 un batallón de infantería y tres fragatas para participar en la guerra de Corea, este acontecimiento, junto con el devenir de los veteranos, fue parte central de algunas obras literarias colombianas. Aunque no se han hecho estudios minuciosos al respecto, el presente texto busca ahondar en las obras escritas por colombianos que abordan el tema de la guerra y del devenir de los veteranos, y aportar a un tema poco trabajado en el país.

## **Palabras clave**

Guerra de Corea, batallón Colombia, veteranos colombianos, literatura colombiana.

## **Abstract**

When Colombia sent an infantry battalion and three frigates in 1950 to participate in the Korean War, this event along with the future of the veterans was a central part of some Colombian literary works over the years. Although no detailed studies have been carried out in this regard, this text seeks to delve into those works written by Colombian's writers that address the issue of war and the future of veterans, and thus contribute to a topic that has so far been little worked on in the country.

## **Keywords**

Korean War, Battalion Colombia, Colombian veterans, Colombian literature.

## Introducción

La participación de Colombia en la guerra de Corea es, sin lugar a duda, uno de los hechos más peculiares y poco comprendidos tanto por los colombianos como por cualquier observador foráneo que aborde el tema. El conflicto coreano, a diferencia de otros acontecimientos en el mundo, no ha sido central en la producción literaria y, en el caso de Colombia, no se ha hecho un balance sobre las obras que han buscado retratar desde la ficción la participación de Colombia o el devenir de sus veteranos.

La guerra de Corea, llamada la “guerra extraña” y en el contexto norteamericano la “guerra olvidada”, es uno de los conflictos menos estudiados y al que menos investigación se le ha dado tanto en Colombia como en el plano internacional. No es secreto para los pocos que se han enfrentado a escribir y recordar acerca de la participación de Colombia en la guerra de Corea, que las esferas académicas colombianas han sido renuentes a tratar el tema de una manera historiográficamente sistemática. Para muchos autores, que provienen de la esfera castrense, no de la academia, esto se debe a una serie de intereses político-intelectuales donde los académicos, afines a posturas políticas de izquierda, no encuentran favorable ni ameno tratar el hecho de que Colombia fue aliado de los Estados Unidos en su lucha anticomunista en la península coreana. Para otros autores, la falta de investigaciones se debe a que durante el periodo en que se desarrolló el conflicto, Colombia vivía serios problemas sociales, políticos e incluso económicos, más relevantes para la academia colombiana que la guerra de un país alejado a cientos de kilómetros de distancia. Sin embargo, ante los ojos del autor del presente documento, quizá ambos motivos sean responsables de la casi inexistente bibliografía al respecto en Colombia, sumado a la convicción de que, incluso hasta nuestros días, los historiadores colombianos no han considerado importante estudiar espacios más allá del mundo hispanoamericano y Europa occidental.

Por lo anterior, el presente trabajo busca hacer un primer esbozo de aquellas obras (principalmente novelas y obras de teatro) que han abordado este conflicto y a sus combatientes, siempre desde las obras de ficción y desde la óptica, en la mayoría de los casos, de escritores que no tuvieron un contacto directo con el conflicto. El trabajo se realizó mediante el método inductivo de investigación. Se divide en dos partes que buscan presentar algunos de los aspectos más relevantes que llevaron a Colombia a combatir en la guerra de Corea y, en un segundo momento, revisar las obras literarias. Cabe mencionar que no se presentarán los textos escritos por veteranos ni por académicos que han trabajado el tema, tampoco se hará un análisis de textos de corte periodístico sobre la guerra y la participación de Colombia en la misma, por lo que las crónicas de Gabriel García Márquez —por ejemplo— se han excluido conscientemente, al igual que

textos que, si bien no han sido escritos por veteranos, buscan retratar aspectos de algún excombatiente en particular, pero que en general distan de ser obras de ficción. Finalmente, y como todo trabajo realizado por un investigador, se espera que el presente documento sirva para ampliar e incluso animar a otros a estudiar este periodo de la historia tan poco conocido y que ha unido de una manera especial las relaciones entre la República de Colombia y la República de Corea.

## Colombia en la guerra de Corea

Cuando Truman llamó “acción policial” a la intervención norteamericana en Corea (Cumings, 2004, p. 295), la suposición de que América Latina estaba en peligro por una amenaza externa del comunismo internacional favoreció a que la opinión pública estadounidense indicara a las naciones latinoamericanas que mejoraran y adquirieran más y mejores equipos militares para detener esta amenaza. Para Bárbara Skladowska, esta conminación era:

El peligro comunista calificado desde el inicio como enemigo externo y no como un problema de pobreza y del creciente subdesarrollo del continente hacia ganar gradualmente la fuerza y los argumentos militares en detrimento de los componentes económicos y sociales. (2007, p. 26)

No obstante, mientras Estados Unidos esperaba una participación a gran escala de las naciones latinoamericanas en la guerra, se debatía poco sobre los problemas económicos que atravesaban las grandes potencias del mundo, que hacían que se disputaran zonas ricas en materias primas en diversos lugares del planeta.

Por su parte, en Colombia el gobierno de Laureano Gómez trató de entrar en las nuevas estrategias de la guerra Fría y buscó desesperadamente identificar a los liberales como un brazo armado del comunismo y, por lo tanto, como el enemigo interno colombiano (Atehortúa, 2008, 65). Sin embargo, esta asociación resultaba confusa, pues a la vez que el liberalismo era señalado de ser parte del partido comunista, se había anunciado que la muerte del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán había sido perpetrada y orquestada por la Unión Soviética y el comunismo internacional (Rodríguez, 2005, p. 35).

Con la participación colombiana en lo que el gobierno llamó “Una cruzada de paz” (Puyana, 1993, p. 478; Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia, 2014, p. 75), Colombia esperaba que los Estados Unidos se comprometiera a atender la solicitud de material bélico para dotar a trece batallones de infantería, obtener dos fragatas de patrullaje y algunos aviones de combate que le permitieran enfrentar a los diversos grupos subversivos; no obstante, no dejaba de ser contradictoria la decisión por parte del gobierno de luchar en tierras extranjeras cuando internamente el país se fracturaba por la guerra. Aun así, hubo quienes encontraron un escape en Corea a las atrocidades que habían presenciado en Colombia, como el Brigadier General Puyana García (Puyana, 2003, p. 47-48).

Posteriormente, uno de los argumentos que usaría el gobierno colombiano para justificar el envío de tropas a Corea fue que los Estados Unidos ejercieron presión para coaccionar la participación en la guerra. Aun así, para el 28 de junio de 1950, el ministro de guerra Roberto Urdaneta Arbeláez envió una carta al secretario general de las Naciones Unidas, Trygve Lie, en la cual expresaba la decisión de que Colombia participaría en la guerra de Corea y enviaría, en un primer momento, una fragata de guerra (Fuerzas Militares, 1977, p. 47-48).

La oferta colombiana dividió las opiniones de los diferentes entes gubernamentales norteamericanos, pues mientras el Departamento de Estado consideraba que la oferta colombiana atraería a otras naciones latinoamericanas a participar en la guerra, el Departamento del Tesoro temía que cualquier nación latinoamericana que participara no tuviera la capacidad económica para emprender la campaña bélica y, en el caso de Colombia, dudaba de la capacidad del país suramericano para reembolsar los gastos de apoyo logístico (Valencia, 2003, p. 50-51). No obstante, tanto el Pentágono como el Departamento de Defensa, consideraban aceptable la propuesta, de manera que el 9 de octubre de 1950 el Departamento de Estado recibió la solicitud por parte del de Defensa para aceptar la oferta de Colombia. El 13 de octubre del mismo año el jefe de operaciones navales, Forrest P. Sherman, recibió instrucciones para integrar a la fragata Almirante Padilla a las fuerzas navales de las Naciones Unidas (Valencia, 2003, p. 53-54).

El 14 de noviembre de 1950 el embajador de Colombia en Washington, Eduardo Zuleta Ángel, envió una carta ofreciendo un batallón para servir en Corea (Fuerzas Militares, 1977, p. 48-49), Aunque no se sabe con exactitud cómo surgió la idea de ofrecer un batallón de infantería a las Naciones Unidas. Los ofrecimientos fueron estudiados por diferentes estamentos del gobierno norteamericano, encontrando que la oferta colombiana tenía serios problemas en varios ámbitos. Según un estudio del general Charles L. Bolte, el batallón ofrecido por Colombia tenía serias limitaciones, pero recomendaba aceptar el ofrecimiento, ya que era “deseable desde un punto de vista político” (Valencia, 2003, p. 55).

Después de un estudio minucioso, y tras presentarle al Departamento del Tesoro la Ley de Préstamos y Arriendos como garante para apoyar el ofrecimiento colombiano, se aceptó la admisión de Colombia en la guerra el 29 de diciembre de 1950. En ese momento, el gobierno colombiano procedió a crear un batallón que llamó Colombia mediante el Decreto 3927 amparado bajo la Ley 13 de 1945 (MREC, 2014, p. 53).

La idea de participar en la guerra de Corea tomó por sorpresa a la población colombiana, en especial a aquellos que irían a combatir, ya que, aunque se suponía que el Batallón Colombia sería integrado por voluntarios, muchos de ellos (por no decir la mayoría) fueron designados a Corea en contra de su voluntad. Los “voluntarios” resultaron ser oficiales y suboficiales, en su mayoría, de tendencia liberal, y aunque el

gobierno trató de negar esta teoría, testimonios como los del Brigadier General Puyana García solo la refuerzan: "(...) hemos escogido a todos aquellos que creemos que son liberales o por lo menos sus familiares son de este partido. Eso de Corea va a ser muy duro (...)" (Puyana, 1993, p. 64).

Mientras la prensa en Bogotá afirmaba que estos "voluntarios" eran héroes que lucharían por la libertad y la democracia, los combatientes, como Álvaro Valencia Tovar, afirmaban que, tras ser "voluntarios del dedo índice... [por] razones partidistas o animadversiones de superiores" (Valencia, 1992, p. 149), no entendía como Colombia lucharía por dos ideales que ya no existían en ella. Valencia escribió: "¿Por qué luchar por la libertad y la democracia en otro país, cuando en el nuestro ambas estaban desapareciendo?" (1992, p. 150). De igual forma, Puyana García también escribió: "No deja de ser irónico, ir a luchar por una democracia tan lejos de nuestras fronteras, cuando aquí vemos cómo se van desvaneciendo esos ideales" (Puyana, 1993, p. 65).

El primer grupo de colombianos en ponerse en marcha hacia Corea fue el de los tripulantes de la fragata Almirante Padilla, la cual, en cabeza de los capitanes Julio Reyes Canal y Darío Forero González, recibieron la orden de zarpar con destino al Centro de Entrenamiento Naval de San Diego, California, el 31 de octubre de 1950 (Reyes, 2000, p. 81). Tras seis meses de instrucción y entrenamiento, la fragata, junto con su tripulación, llegó a las costas japonesas el primero de mayo de 1951 (Hernández, 1953, p. 102), y su primera operación de patrulla, llamada Aschan, fue recibida el domingo 13 de mayo de 1951 (Reyes, 2000, p. 294). La A.R.C. Almirante Padilla sirvió en la flota de las Naciones Unidas por 264 días, iniciando operaciones el 5 de mayo de 1951 y terminando su servicio el 25 de enero de 1952, cuando llegó a la Base Naval de Yokosuka, en Japón (Reyes, 2000, p. 555). Junto a la Almirante Padilla, fueron enviadas las fragatas A.R.C. Almirante Brion, en cabeza del capitán Carlos Prieto Silva, y la fragata A.R.C. Capitán Tono, comandada por los capitanes Hernando Berón Victoria y Jorge Tava Suárez (Zitzmann y Gómez, 2014, p. 51).

La travesía para los miembros del batallón de infantería Colombia, del cual en su primer contingente eran parte 1.068 hombres, comenzó en la Plaza de Bolívar de Bogotá bajo estricta reserva del gobierno. Como menciona el capitán Francisco A. Caicedo, solo los más íntimos familiares tenían conocimiento que viajarían a Corea (Caicedo, 1961, 10). Con guardias armados y en vagones de ferrocarril, los soldados del batallón viajaron a Buenaventura en una travesía accidentada, puesto que en la carrilera entre Ibagué y Armenia un vehículo volcó y dejó un saldo de 18 heridos, aquellos que recibieron heridas considerables se quedaron en Colombia (Caicedo, 1961, 11). El batallón, tras dos noches y un día de viaje (Valencia, 1977, 43), llegó a la ciudad de Buenaventura el 21 de mayo de 1951 (Ortiz, 1992, 17) y allí abordó el transporte militar estadounidense U.S.N.S. Aiken Victory que los transportó hasta Corea con una breve escala en Hawái.

La parada en Hawái fue rememorada por muchos veteranos debido a que se les impidió viajar libremente por las islas del pacífico. No obstante, entre las anécdotas que quedaron de dicha escala, se cuentan las vividas por la policía militar norteamericana buscando a los colombianos que, desacatando las órdenes, decidieron salir a conocer las islas. Francisco Caicedo, por ejemplo, menciona cómo seis soldados del batallón [Valencia Tovar señala que fueron ocho (Valencia, 1977, 86)] no aparecieron al momento de zarpar el Aiken Victory rumbo a Corea, y cómo tiempo después fueron procesados por una corte marcial (Caicedo, 1961, 28).

Tras 26 días de viaje a través del océano Pacífico, las tropas colombianas a bordo del Aiken Victory llegaron a la bahía de Busan el 15 de junio de 1951; aunque, por la marea, el barco no pudo atracar en puerto ese día (Puyana, 1993, 120). Tras un entrenamiento extenuante e intensivo, el Batallón Colombia fue asignado el primero de agosto de 1951 a la 24<sup>o</sup> División de Infantería del Octavo Ejército de los Estados Unidos (Atkinson, 2010, p. 182). Durante la guerra, en términos generales, las tropas colombianas participaron en las batallas de la operación Avance de Geumseong, entre el 13 y el 21 de octubre de 1951; Colina 400, en Gimhwa el junio 21 de 1952; Colina 180, el 10 de marzo de 1953, y la tristemente célebre batalla de Old Baldy, entre el 23 y 25 de marzo de 1953 (Atkinson, 2010, p. 182).

Finalmente, cuando se firma el Acuerdo de Armisticio de Corea o Paz de Panmunjom, el 27 de julio de 1953, entre la República Popular Democrática de Corea y los Estados Unidos, las tropas colombianas habían perdido 163 hombres, 28 soldados habían sido capturados por las fuerzas norcoreanas durante el conflicto y regresaron con 448 heridos. El Batallón Colombia estuvo en Corea desde octubre de 1954 y hasta 1955 (MREC, 2014, p. 320). Un aspecto central en muchas obras literarias que versarán sobre el batallón y sobre la participación colombiana, estarán ligados a los acontecimientos políticos propios de Colombia. Lo anterior se debe a que, tras los periodos presidenciales de Laureano Gómez, Roberto Urdaneta Arbeláez, y tras el golpe de Estado por parte del general Gustavo Rojas Pinilla, los soldados que regresaron de Corea recibieron en su país poco o ningún reconocimiento. Como escribe Bárbara Skladowska: "Incluso, muchos de los que regresaron, después de unos tibios aplausos de bienvenida, tuvieron que empeñar las condecoraciones o...a causa de un momento de desesperanza fueron declarados 'desequilibrados mentales'" (Skladowska, 2007, p. 113).

## Cuentos y novelas

Como se ha mencionado, los estudios que versan sobre la participación colombiana en la guerra de Corea han sido escasos y las publicaciones sobre este acontecimiento, en la mayoría de los casos, se encasillan en la literatura propia desde las esferas castrenses y los veteranos del conflicto que, generalmente a través de auto publicaciones, han

buscado dejar constancia de sus vivencias y anécdotas para generaciones venideras. No obstante, estos textos no se pueden clasificar como ficciones históricas, sino que entran en la categoría de manuales militares, anecdóticos o diarios de viaje. Para argumentar lo mencionado anteriormente, en un estudio preliminar realizado por el autor, buscando relacionar todos los materiales que han escrito veteranos de la guerra de Corea, se han podido encontrar 21 textos de diversa índole, estilo de escritura y público objetivo, los cuales, en muchos casos, han tenido una baja distribución y se cree que algunos no han sido identificados, bien sea porque se han perdido dichos textos o porque sus autores no cumplieron con las disposiciones referentes al depósito legal, impidiendo que sus obras llegaran a la Biblioteca Nacional de Colombia (u otras bibliotecas públicas). Por lo anterior, las obras a analizar serán las siguientes:

Nombre	Autor
El monte Calvo	Niño, Jairo Aníbal
Corea 53	Ruíz Rojas, Roberto
Guadalupe años cincuenta	Grupo Teatro La Candelaria
Mi hermano el soldado	Olano B., Virgilio
Mambrú	Moreno Durán, Rafael Humberto
Cementerios de Neón	Solano Mendoza, Andrés Felipe
En poder del enemigo	Caicedo, Armando
16 de junio de 1951: diario de Corea	Valencia Tovar, Álvaro

El gran punto de diferenciación que se encuentra entre la literatura escrita por los veteranos y la que es escrita por literatos y dramaturgos, es que los primeros (con contadas excepciones como el texto de Alejandro Martínez Roa) buscan exaltar su heroísmo y valor en una gesta que se asemeja a la épica griega y en donde todas las acciones realizadas, tanto por el Batallón Colombia como por sus autores, está libre de toda mancha o acción moralmente reprochable. Por otro lado, los literatos y dramaturgos, bien sea por cercanías a pensamientos de izquierda (queja constante dentro de los veteranos) o bien sea por los acontecimientos ocurridos el 8 y el 9 de junio de 1954, se acercaron al combatiente en la guerra de Corea como una víctima que, en muchos casos, se había sacrificado luchando por los intereses geopolíticos colombianos y este Estado lo había abandonado cuando ya no le era de utilidad. Como menciona Sebastián Quiroga Cubides: “Dos estilos narrativos han dominado la representación del soldado en los últimos sesenta años: como un ser invisible dentro de las dinámicas de la guerra y como víctima de las decisiones políticas” (Quiroga, 2015, p. 121).

En 1966 apareció una obra teatral de humor negro llamada El Monte Calvo, de Jairo Aníbal Niño, y que fue presentada en el V Festival Mundial de Teatro Universitario de Nancy (Francia).



En esta se nos presenta la triste historia de Sebastián, quien lleva una vida como mendigo junto a su amigo Canuto, un antiguo payaso de un circo provincial. Desde el inicio de la obra, se da a entender que los dos suelen tener problemas para conseguir alimentos. De corta duración y con un humor ácido al principio, Canuto es la representación de un sector de la sociedad colombiana que, durante años, se preguntó cuáles fueron los objetivos reales de enviar soldados colombianos a Corea y cuál había sido el beneficio de dicho acontecimiento. Canuto, persona iletrada y de pocas aspiraciones en la vida (no sabe leer y no tiene muy presente qué es Corea), cuestiona constantemente a Sebastián cuando este trata de explicarle sus motivaciones para luchar por conceptos abstractos como la 'patria'. Mientras para Canuto el objetivo de la vida es sobrevivir y para ello quiere comer (están a la espera de un antiguo camarada de armas de Sebastián), Sebastián aun considera de suma importancia su tiempo como soldado, y le muestra una medalla que para él significa valor y bravía, mientras para Canuto es una miserable compensación por la pierna que Sebastián había perdido en Corea:

SEBASTIÁN: Sí, una medalla. (Busca afanosamente en los bolsillos y saca un pañuelo con muchos nudos. Comienza a desatarlos hasta que saca la medalla) ¡Mira! (Se la prende en el pecho a Canuto)

CANUTO: ¿Cuánto Vale?

SEBASTIÁN: No mucho; es de cobre.

CANUTO: ¿Por qué te dieron esto?

SEBASTIÁN: (Solemne). Por haber sido herido en acción.

CANUTO: ¿Quieres decir que te dieron este pedazo de lata por tu pierna?

SEBASTIÁN: Eso que llamas un pedazo de lata es una gran condecoración.

CANUTO: ¿Y no te hubieran podido dar una cosa mejor?

SEBASTIÁN: Soy un militar.

CANUTO: Un militar cojo.

SEBASTIÁN: ¡Condecorado!

(Niño, 1995, p. 22-23)

La historia de Canuto y Sebastián tiene un trágico final cuando se revela que el Coronel, amigo de Sebastián, padece de problemas mentales propios de un síndrome post traumático. Se ha de mencionar que la obra refleja las ideas que se tenían de los veteranos de guerra como aquellas personas que habían caído, en el mejor de los casos, en la pobreza, y en el peor, como el Coronel, en la locura.

Años después, en la década de los años 70, apareció una pieza literaria referente a la guerra de Corea de la pluma del escritor tolimense Roberto Ruíz Rojas llamada *Corea 53*. Esta narra la historia de otro personaje marginado de la sociedad, quien se enfrenta a las falsas promesas sobre una pensión para los veteranos de la guerra de Corea. La obra, también caracterizada por tener toques de humor, se ambienta en

una Colombia amenazada por el flagelo de la pobreza, y el protagonista, quien comparte algunas copas con el alcalde del pueblo, le cuenta cómo sobrevivió en Corea gracias a su cobardía y cómo progresivamente, al enfrentarse a la muerte o a la locura de sus compañeros, fue diluyendo el poder que podrían haber tenido los discursos ideológicos, al punto que para el protagonista los argumentos de los oficiales afirmaban que: “lo que pasaba era dizque Colombia estaba muy endeudada con Estados Unidos y que por eso le prestaba gente, colombianos. Aunque los oficiales porfiaban que no, que lo que sucedía era que, si los chinos lograban pasar el paralelo 38 y tomar toda Corea, luego se tomarían también al Japón y más tarde Hawái para pasar después a Panamá y Colombia” (Ruiz, 1974, p. 48). Estas eran palabras absurdas, por lo que aquello que empezó como una aventura propia de la juventud y una oportunidad para obtener dinero extra, terminó en un engaño para él y sus antiguos compañeros. Ruiz Rojas, a modo de denuncia, indica en su narración las dificultades que muchos veteranos sufrieron al llegar al país, tema que también trató en su momento Gabriel García Márquez en algunas crónicas periodísticas, y deja al personaje de *Corea 53* como uno más en una larga lista de personajes olvidados por el gobierno a la espera de una pensión que jamás llegó (las primeras leyes en favor de los veteranos en Colombia aparecen a principios de los años 2000).

En 1975, el grupo del Teatro la Candelaria escribió *Guadalupe años sin cuenta*, obra centrada en los tiempos de la violencia partidista que vivió Colombia después de los acontecimientos del 9 de abril de 1948, y que busca confrontar el relato oficial hegemónico y la versión popular de dicho periodo. Dentro de la obra destaca el soldado Joaquín Robledo, quien tras ingresar al ejército participa de la guerra de Corea y regresa al país condecorado. Robledo es presentado como un soldado de origen campesino que sigue todas las órdenes que se le dan. El objetivo de la obra era mostrarlo como un campesino inocente, ignorante de las artimañas de una élite que lo utiliza (y lo utilizó en Corea) para sus mezquinos planes. La obra, en un corrido llamado *De las ilusiones* menciona que:

(...) Y el campesino inocente/  
Joaquín Robledo, el soldado,  
vio cambiar sus ilusiones/  
tragando siempre callado/  
Su vida se la cambiaron/  
ya es hombre bien adiestrado.

En las manos del sargento/  
tiene el tiro ya afinado./  
Va a la guerra de los yaquis/  
contra el pueblo coreano/  
con ilusión de medallas/  
y un buen ascenso de grado. (Candelaria, 1975, p. 164)

Acto seguido, inicia la parte de la obra titulada El envío de tropas a Corea, donde se hace una especie de reminiscencia, y el Sargento Velandia es presentado como líder de un grupo de soldados que parten a Corea. En línea con otras obras ya mencionadas, aparece de nuevo el concepto “patria” con una connotación negativa. En medio de las palabras del Sargento Velandia por relacionar a los “bandoleros” liberales con las fuerzas comunistas, se muestran en escena dos agitadores que discrepan del discurso patriótico del sargento e indican

que la guerra es un asunto de los Estados Unidos y son ellos los responsables de la misma. El segundo agitador, que entra en escena tras ser el primer expulsado, usa una frase que, según las investigaciones de Barbara Skladowska y Sebastián Quiroga, genera malestar dentro de los veteranos, y esta es la de “carne de cañón”. La línea del agitador es la siguiente: “¡Abajo el imperialismo yanqui! ¡Soldados, ustedes van a una carnicería, los mandan como carne de cañón! ¡Regresen!” (Candelaria, 1975, p. 170).

Más adelante, Robledo vuelve a hacer presencia en una taberna en alto estado de alicoramamiento. Se presenta como una persona mentalmente inestable y que sufre de episodios de estrés postraumático. Robledo, en medio de una borrachera, ve a una indígena (en la obra aparece como La India) y, tras confundirla con su madre, cree que es un coreano e intenta asesinarla. La escena termina cuando Robledo, delirando, confunde los enfrentamientos con las guerrillas liberales y su participación en Corea, y recibe un disparo. Robledo sale y cae de rodillas diciendo:

Corea, Corea, colina 524. ¡Hallo, hallo, my capitán! Escucho miles de ametralladoras chinas. Disparan en las sombras, están encuevados en la cima. Esperan la noche para salir con sus bayonetas de cuatro filos. *Okay, okay, my capitán*. Bengalas verdes, rojas. La sangre de los tigres no la hiela el miedo. ¡Disparen! ¡Hallo, hallo! ¡Nos invaden, son miles son miles! *What happened? (Mira a todos lados, como despertando de una pesadilla). What happened in the bloody Llanos Orientales?* (Se para). ¡Aquí estará el *Colombian tiger!* (...) (Candelaria, 1975, p. 189).

A diferencia de los trabajos mencionados hasta el momento, en 1995 aparece la novela *Mi hermano, el soldado* del escritor Virgilio A. Olano Bustos, quien buscó un acercamiento a la escritura propia de los oficiales veteranos, donde la participación en la guerra es vista como una gesta heroica que, si bien tuvo grandes sacrificios, estos eran el precio que pagar por defender ideales tales como la “libertad” y la “democracia”. En *Mi hermano el soldado*, Olano ubica al lector en un pequeño pueblo donde, por azares del destino (principalmente por la esperanza de que allí hay una cura milagrosa a diversas enfermedades), terminan estableciéndose en la población varios veteranos de la guerra de Corea y suelen encontrarse en El Granero, donde comparten reminiscencias de la contienda. El personaje principal es Renato García, que funge como director del centro médico de la localidad y de quien se descubre fue parte del Batallón Colombia, que al regresar estudia medicina, relaciones internacionales y se desempeña gran parte de su vida como funcionario (es claro que Renato García es el mismo autor, aunque Olano nunca fue parte del Batallón Colombia).

El relato sigue una historia lineal mencionando aspectos que van desde el entrenamiento, pasando por el viaje a Corea, hasta finalizar con algunas impresiones. Las intervenciones de los distintos veteranos son un modo para que el lector sienta que se encuentra en medio de una tertulia animada entre amigos. Así, poco a poco se ve como Renato García entra a

ser parte de esa pequeña comunidad de veteranos, y si bien al principio él no se siente integrado en el grupo, puesto que no era parte de las tropas de asalto (se indica que era de la Oficina de Enlace), los otros veteranos pronto lo aceptan y lo consideran uno más, de ahí el título de la novela. A diferencia de otros trabajos, esta novela engrandece la posición de los veteranos, no los victimiza y hace que el lector empatice con los personajes. Por lo anterior, la novela contó con un prefacio escrito por el general Álvaro Valencia Tovar, y en sus párrafos finales, el texto menciona:

Otros relatos se continuarían escuchado de labios de los “veteranos”, tratando cada quien de evocar con mayor o menor exactitud las acciones de que fueran artífices en tiempos pasados, bautizados con el agua teñida del heroísmo y del valor del que muchos de ellos quizás carecían y otros se habrán en silencio sobrepasado, pero con capacidad suficiente para entretener las tardes del “Granero” (...) La satisfacción la encontraron cuando si habérselo propuesto, aparecieron todos residienciados —encanecidos sus cabellos— en ese pueblo de clima saludable donde, por prescripción médica, se les dio la oportunidad del reencuentro y ahora ocupando distintas posiciones, constituidos en fuerzas vivas de aquella localidad, hasta ellos llegaba el vecindario siempre en busca de consejo. (Olano, 1995, p. 248)

Al año siguiente, en 1996, aparece la novela más conocida que aborda la cuestión de la participación colombiana en la guerra de Corea, de mano del escritor boyacense Roberto Humberto Moreno Durán, con su obra *Mambrú*. Es la obra más analizada hasta el momento. *Mambrú* juega entre la dicotomía de encontrar una verdad en un relato que tiene muchas voces y puntos de vista. La historia se centra en la investigación de Vinasco, un historiador especialista en la guerra de Corea que busca, a su vez, información sobre la muerte de su padre. En la obra, Vinasco es parte de la visita presidencial de Virgilio Barco a Corea (ocurrida en 1987) y este viaje le permite encontrarse en un primer momento con el profesor Jung y con Leonel Galíndez, veterano colombiano del conflicto. A lo largo del texto, aparecen seis veteranos que son entrevistados por Vinasco, en donde se hacen menciones explícitas a los oficiales, publicaciones variadas y la imagen que tiene cada uno de los personajes frente al conflicto, una relación ambivalente que contiene muchos matices entre un personaje y otro. La novela toca muchos temas sensibles que habían sido poco mencionados en los escritos por los excombatientes, como fue la prostitución y el uso de estos servicios por parte de las tropas colombianas, una crítica ácida a los textos escritos por la oficialidad, como los expuestos por Valencia Tovar, y cómo el veterano dista de ser un héroe o una simple víctima, así como las propias versiones y visiones de lo sucedido.

Por lo anterior, la obra fue disruptiva con todo lo escrito anteriormente (quizá excluyendo el crítico libro de Alejandro Martínez) y probablemente acercó al lector a una imagen mucho más humana y real de lo que fue la experiencia de los colombianos en Corea. Como era de suponer, esta crítica a

la “historia oficial” y el poner en tela de juicio las acciones y vivencias de los soldados en Corea no fue bien recibida por la mayoría de veteranos, quienes, en diferentes momentos, han manifestado rechazo a la novela de Moreno Durán o las crónicas de Gabriel García Márquez. Sin embargo, Moreno Durán volvió a poner en boca de varios sectores de la sociedad colombiana un acontecimiento que parecía ya olvidado a mediados de los años noventa: la participación de Colombia en la guerra de Corea y el devenir de los hombres que lucharon en ella.

Bien sea por el renovado interés que suscitó el texto de Moreno Durán o bien sea que algunos veteranos, principalmente exoficiales, sintieron una premura por dejar una constancia escrita de lo vivido en Corea, el nuevo siglo trajo consigo un nutrido número de publicaciones referentes a la guerra de Corea y, en muchos casos, de la mano de editoriales reconocidas. A pesar de lo anterior, las ficciones que se centraran en la guerra o que tuvieran personajes que hubieran participado en el conflicto no aparecieron sino casi veinte años después, cuando Andrés Felipe Solano, colombiano radicado en Seúl, publicó su novela *Cementerios de neón*, en 2016.

La obra de Solano se enmarca en una novela de corte detectivesco que narra la investigación de Salgado, quien ayuda a su tío El Capitán a buscar a Vladimir, que esconde un oscuro secreto. Aquí la obra muestra una conexión entre Colombia y Corea (la novela se desarrolla en Seúl), en donde el pasado de El Capitán como antiguo miembro del Batallón Colombia es fundamental para el desarrollo de la trama. El texto podría considerarse como el redescubrimiento de Salgado, de su pasado y la conexión familiar con esa tierra que en un primer momento podría parecer ajena como lo es Corea y, tras este viaje, entrar a reflexionar sobre la concepción que se tienen sobre la muerte o la vida. Las líneas finales del texto tocan algunas de estas ideas:

A medida que avanzaba el tren se puso a pensar que debajo de las granjas y los aserraderos y los bosques, debajo de los tanques del agua y las represas inundadas, debajo de los criaderos de pollos y las fábricas de conservas, debajo de la descomunal estatua dorada de un buda gordo, debajo de los viveros y los estanques artificiales para pescar, debajo de los cines de provincia y los restaurantes de tocino de cerdo a la parrilla, debajo de los supermercados y de los moteles de carretera con sus luces brillantes, debajo de todos esos cementerios de neón al lado de las vías del tren estaban enterrados los tres millones de huesos de los que murieron en la guerra, entre ellos cientos de soldados colombianos. Y por ahí, revueltos con todos esos cráneos, húmeros y tibias, clavículas y vértebras, las falanges de la mano izquierda del Capitán (Solano, 2016, p. 198-199).

En una entrevista Solano indicó que no le agradaba la idea de explicar las causas que llevaron a que Colombia enviara tropas a Corea y con eso se alejaba de la obra de Moreno Durán (VICE, 2017), no obstante, la mayoría de los autores buscan ligar la experiencia de los combatientes en Corea

con las realidades propias de Colombia, bien fuera antes o después del conflicto. En un enfoque diferente al visto hasta este momento, aparece la obra de Armando Caicedo en el año 2021, titulada *En poder del enemigo*. Está compuesta por dos partes; la primera corresponde a una reminiscencia propia del autor como periodista del diario El Tiempo, y como responsable de una sección llamada *la máquina del Tiempo*, se empieza a interesar por el destino de los soldados colombianos que seguían, para los años 80, en calidad de MIA (Missing In Action) o perdidos en acción. Esta categoría que se usa en las fuerzas militares indica que un soldado no se puede dar por muerto, porque no se localizaron sus restos, pero tampoco que está vivo, porque no regresó de alguna operación militar, lleva a Caicedo a reunirse con algunos veteranos y dar con la historia de los soldados Silva y Beltrán, quienes son capturados y se convierten en prisioneros de guerra. En la segunda parte del libro, pasa de ser un relato periodístico a una novela, narra los acontecimientos que posiblemente vivieron estos colombianos en los centros de detención y cómo se da una amistad colombo china entre prisioneros y custodios.

El reportaje novela es de especial interés, puesto que se centra no solo en una visión oficial en el que la tropa es un agente deshumanizado que se reduce a un número, y tampoco cae en la victimización del soldado, convirtiéndolo en “la carne de cañón” de los intereses de las élites colombianas y los designios de los Estados Unidos. Además, a diferencia de la mayoría de obras aquí ya vistas, que centran su atención en aquellos que lograron sobrevivir, Caicedo, al enfocarse en aquellos que quedaron en una especie de limbo, abre nuevas perspectivas sobre la guerra de Corea, y es acerca de aquellos que no volvieron en un buque o reposan en algún cementerio coreano, escribiendo también sobre la situación que vivieron sus familias al no tener noticias de sus seres queridos y, como es de suponer, recibiendo compensaciones exiguas por la desaparición de sus familiares.

A lo largo del texto Caicedo se pregunta acerca del por qué la guerra es considerada ‘olvidada’ y concluye diciendo:

Todos los ejércitos que participaron en esta guerra reclaman haberla ganado y para aumentar la confusión, a la hora de asumir responsabilidades por los horribles crímenes de guerra cometidos, todos apuntan sus dedos acusadores hacia sus adversarios. Conclusión: ambas potencias afirmaron haberla ganado, pero de manera simultánea, ambas sintieron que la habían perdido. Esta, como todas las guerras, solo merece el olvido. (Caicedo, 2021, p. 347-348)

Finalmente, el último título escrito (al menos al momento de escribir estas líneas) de una novela referente a la participación colombiana en la guerra de Corea, llegó de la pluma de Álvaro Valencia Tovar quien, tras elaborar diversos documentos sobre la guerra y la participación del Batallón Colombia, empezó a trabajar en una serie de memorias a modo de novela, en donde se siguen las acciones del soldado Reinaldo Gutiérrez que, seguramente, funge como un alter

ego de su autor. Valencia Tovar no vería este texto publicado y su borrador lo encontró su hijo, Álvaro Valencia Parra, quien organizó el manuscrito y contactó a una reconocida editorial para publicar la obra. Para junio de 2021 (mismo mes que sale la novela de Caicedo), es publicado bajo el título *Diarios de Corea. 16 de junio de 1951*.

El texto de Valencia Tovar se aleja de sus anteriores trabajos y, aunque la mística y el heroísmo militar priman en gran parte de su obra, *Diarios de Corea* tiene tintes de reflexión en la que el otrora oficial se pone en las botas de la tropa y escribe sobre aquellos soldados, con nombre, aspiraciones, familia y amigos, que no volvieron de la península, y que solo décadas después empezaron a ser recordados en pequeños círculos dentro de la sociedad colombiana.

## Conclusiones

Por el momento se cuenta con una obra teatral y siete literarias escritas por colombianos que han encontrado en la guerra de Corea y sus veteranos la inspiración para acercarse al lector a diversos aspectos de la guerra, principalmente todos los acontecimientos que llegaron tras la firma del armisticio: el olvido, el rechazo, la pobreza, reencuentros y, sobre todo, muchas dudas. En los textos analizados, tanto para los escritores como para los investigadores versados en la guerra de Corea, aún hay dudas sobre la verdadera razón que llevaron a Colombia a participar del conflicto en apoyo de Corea del Sur y por extensión a los Estados Unidos.

Más allá de las tribulaciones políticas, el hecho es que Colombia envió a cientos de hombres para luchar en el bando de la República de Corea, y muchos de ellos se sienten orgullosos de tal hazaña. De igual forma, en Corea se creó un vínculo especial con aquellas naciones que apoyaron su causa, y en la actualidad han creado generosos programas para apoyar a los veteranos y sus descendientes, entre los que se destacan diversos proyectos educativos y sociales con esta población. Además, la República de Corea se ha convertido en un aliado estratégico, no solo en aspectos económicos, tecnológicos y militares, sino también como un país que genera simpatía en un amplio grupo poblacional que busca acercarse a su cultura y sociedad.

Por lo ya expresado en el presente documento, podemos concluir que los materiales literarios referentes a la guerra de Corea y a la participación colombiana en la misma, no son tan amplios como se esperaría, pero es muy probable que aparezcan más obras y que, con ellas, se fortalezcan los puentes culturales entre las dos naciones, más allá de las causas políticas, y en donde la guerra, allende a sus negativas características, sea el punto de partida de un futuro positivo tanto para el pueblo coreano, como para el pueblo colombiano.

## Referencias

- Atehortúa Cruz, A. L. (2008). Colombia en la guerra de Corea. *Folios, Segunda época*, (27), 63-76.
- Atkinson, T. (2010). *Korean War memorials in pictures remembering UN participation 60 years later*. Ministry of Patriots and Veterans Affairs, Republic of Korea, Seoul.
- Caicedo Montúa, F. A. (1961). *Banzay: Diario de las trincheras coreanas*. Sección Imprenta y Publicaciones de las Fuerzas Militares, Bogotá.
- Caicedo, Armando (2021). *En poder del enemigo*. Palabra Libre, Bogotá.
- Cummings, B. (2004) *El lugar de Corea en el Sol: Una historia moderna*. Trad. Cecilia Meler, Gustavo Santillán y Jorge Santarrosa, Comunicarte, Córdoba, Argentina.
- Fuerzas Militares (1977). *Batallón Colombia 1950-1975*. Fuerzas Militares, Bogotá.
- Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia (2014). *Colombia y Corea naciones hermanas: cincuenta años de relaciones diplomáticas*. Imprenta Nacional de Colombia, Bogotá D.C.
- Moreno Durán, Rafael (1996). *Mambrú*. Editorial El Tiempo, Bogotá.
- Narváez, Santiago (6 de febrero de 2017). Trago, literatura y la guerra de Corea: una entrevista con Andrés Felipe Solano. *VICE*. <https://www.vice.com/es/article/eza5yw/trago-literatura-y-la-guerra-de-corea-una-entrevista-con-andres-felipe-solano>
- Niño, Jairo Anibal. (1995). *El monte calvo y la madriguera*. Editorial Panamericana, Bogotá.
- Olano B., Virgilio A. (1995). *Mi hermano el soldado*. Talleres de negativos y colorkey impresores Ltda, Bogotá.
- Ortiz Alvarado, D. (1992). *En Busca de la gloria*. Ortiz & Cantillo Editores, Cali.
- Puyana García, G. (1993). *¡Por la libertad...en tierra extraña! Crónicas y reminiscencias de la guerra de Corea*. Banco de la República, Santa Fe de Bogotá.
- Reyes Canal, J. C. (2000). *La Fragata "Almirante Padilla" en la guerra de corea y otras memorias marineras*. Editorial Códice LTDA., Santa Fe de Bogotá D.C.
- Rodríguez Hernández, S. M. (2005). *La influencia de los Estados Unidos en el Ejército colombiano, 1951-1959*. La carreta editores, Medellín.
- Skladowska, B. (2007). *Los Nombres de la Patria en la guerra de Corea, 1951-1953: Ocaso de un Mito*. Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Historia, CESO, Ediciones Uniandes, Bogotá D.C.
- Solano, Andrés Felipe (2016). *Cementerios de Neón*. Editorial Tusquets, Bogotá.
- Teatro La Candelaria (1986). *5 obras de creación colectiva*. Ediciones Teatro La Candelaria, Bogotá.
- Valencia Tovar, A. (1977). *Corea. Resurgimiento de las cenizas*. Canal Ramírez, Bogotá.
- Valencia Tovar, A. (1992). *Testimonio de una época*. Planeta, Bogotá.
- Valencia Tovar, A. (2003). *En Corea por la libertad y por la gloria: participación colombiana en la guerra 1951-1953*. Imprenta y Publicaciones de las Fuerzas Armadas, Bogotá D. C.
- Valencia Tovar, Álvaro (2021). *Diario de Corea, 16 de junio de 1951*. Editorial Planeta, Bogotá.
- Zitzmann Betancourt, J. y Gómez Casabianca, L. H. (2014). *Una ventana a Corea del Sur*. Fondo de Publicaciones Universidad Sergio Arboleda, Bogotá D.C.